

"Si el Partido se hubiera preocupado por educar a esta mujer, tal vez tuvieran ahora una Pasionaria en México...", comentaron unos refugiados españoles que estaban presentes. Benita Galeana acababa de hablar en un mitin en el mercado Hidalgo. El motivo: ese siete de enero de 1940 había que recordar la matanza de Río Blanco y una vez más "la compañera de las trenzas" logró entusiasmar al público que la escuchaba y que había ido rodeando al huacal improvisado de estrado.

Benita Galeana había nacido en un pueblo de Guerrero, San Jerónimo, y ya a los seis años aprendió a trabajar. "Arrimada" en casa de su hermana Camila limpiaba las hojas para preparar el amasijo, aprendió a hacer charamuscas para después venderlas en la calle, a hacer tamales, a echar tortillas y luego llevarlas a la milpa a sus hermanos. Aprendió a matar puercos, a ordeñar vacas, a hacer jabón, queso, a sembrar toda clase de semillas y a levantar la cosecha. Aprendió también a recibir golpes cuando cometía algún error aunque, en verdad, nunca se conformó con el maltrato. "Tenía yo ya como ocho años, cuando oí hablar por primera vez de México. Pero la gente allá usa zapatos —me decía— y yo no los tengo; pero cuando esté más grande, probaré arroz para comprarme unos!"

Sin zapatos y analfabeta ("A Camila no le convenía que yo fuera al colegio, porque yo era la de todo en la casa. Yo hacía el quehacer y, además, llevaba dinero de lo que vendía en la calle. Ella prefería tenerme allí todo el día para explotarme a su antojo"), Benita soñaba con salir del pueblo. "Yo ya esta-

ba cansada. Pensaba: ¿cómo no viene un hombre y me lleva para México?"

Luego de varios intentos trustrados por escapar de su casa, un hombre por fin se lleva a Benita a la capital. Su impreparación la destinaba allí al servicio doméstico o al cabaret. En "El viejo Jalisco" Benita encontró finalmente trabajo como "fichera". (Si tomaba anís le daban una ficha que valía veinte centavos, si cerveza, ganaba cinco centavos, y si le daban té, con ficha, eran treinta centavos lo que recibía).

Al poco tiempo de llegar Benita Galeana a México conoció a Manuel Rodríguez, miembro del Partido Comunista y, muy pronto, su compañero. Ortíz Rubio ocupaba entonces la presidencia de la República.

Durante la celebración de un mitin Manuel Rodríguez fue encarcelado, y sus compañeros convencieron a Benita para participar en otro, pidiendo su libertad. "Nos fuimos al mitin. Por el camino me fueron explicando qué cosa era el Partido Comunista; por qué luchaba Manuel; por qué lo habían aprehendido; por qué teníamos que hablarle a la gente y lo que teníamos que decirle (...) Era la primera vez que hablaba en público. Cuando estaba hablando yo, llegó la "julia" y se armó un lío. Me agarraron y me llevaron al bote, dizque por alterar el orden público. (...) Viendo la injusticia que cometían conmigo, empecé a pensar que entonces mi marido también estaba preso por una causa justa y que yo debería seguir el camino de él: luchar por los demás, por los pobres, por los oprimidos, como me decía mi marido. Y como yo ya había llevado una vida arrastrada, ya conocía lo que era la miseria y el hambre, comprendí que el único camino que debía seguir era el de los trabajadores".

La relación de Benita Galeana con Manuel Rodríguez sufrirá con frecuencia separaciones y reencuentros. "Yo ya había entrado al Partido Comunista, por eso la separación de Manuel no me pudo mucho. Comprendí que lo mejor para mí era seguir en el movimiento revolucionario. Me dediqué de lleno a la lucha. Me preparé, preguntando a los compañeros lo que no entendía, oyendo hablar a los oradores del Partido en los mítines. La policía ya me conocía rebién, así es que siempre que había un mítin, yo era de las primeras en caer a la cárcel."

Y Benita Galeana caería en la cárcel cincuenta y ocho veces. "Las prisiones no hacían sino reforzar mi fe en la Revolución". En el curso de uno de tantos encarcelamientos y luego de haber participado en una huelga de hambre dentro de la prisión, Benita estuvo a punto de perder la vista.

Otras mujeres militaban junto con Benita Galeana en el Partido Comunista: Mirta Aguirre, las hermanas Proenza, Catalina Peña, Consuelo Uranga, Rosa Pérez, Margarita Gutiérrez, María Luisa de Carrillo, etcétera.

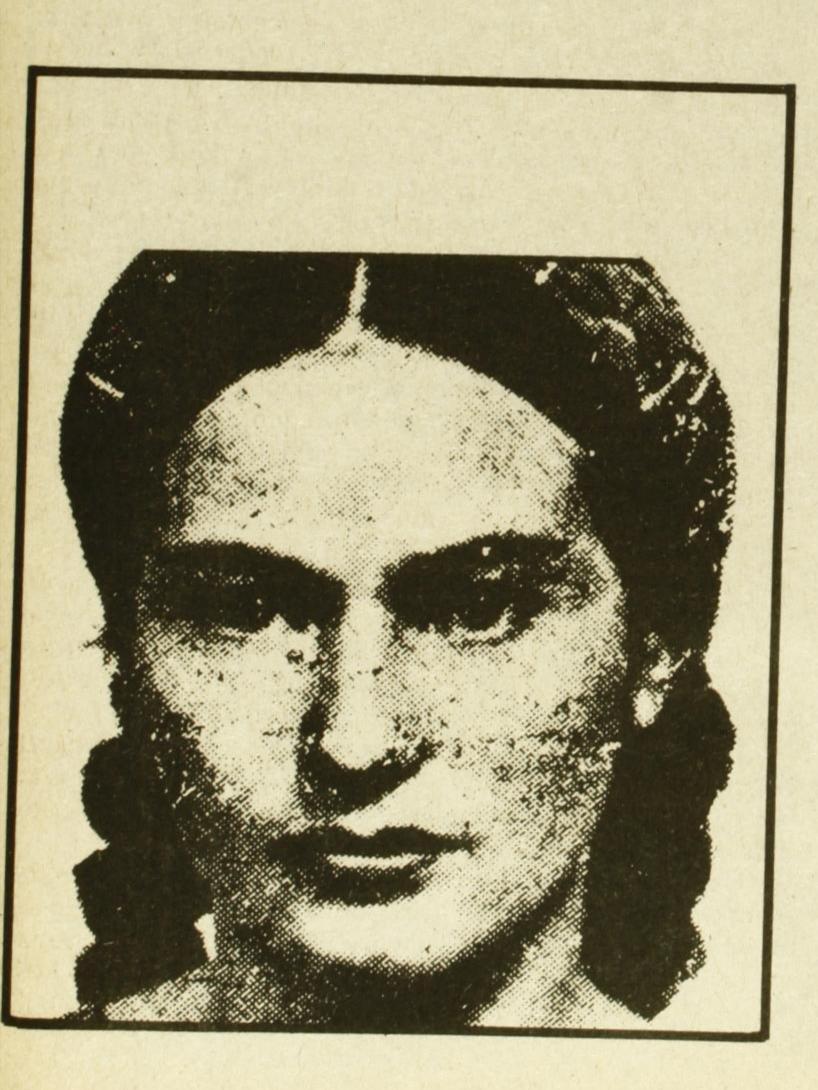
Fuera de actuar en los mítines como una exaltada arengadora con capacidad de arrastre y de organización cuando se presentaba el momento, la participación de Benita Galeana se reducía la mayor parte de las veces a cuidar el local del partido, vender El Machete órgano del partido, repartir volantes o pegar desplegados en las paredes arriesgando en

todo momento, la posibilidad de ser encarcelada.

"En aquel tiempo el Partido tenía muy poca gente y entre los pocos que habíamos teníamos que hacerlo todo. Hacer mítines, ayudar a los trabajadores en sus huelgas, reclutar obreros en las fábricas, distribuir propaganda, hacer pegas y pintas en las noches y vender El Machete. (...) Yo no leía el filoso porque me daba mucho trabajo, pues apenas podía juntar las letras, pero Manuel me lo leía en las noches y me explicaba las cosas que no podía entender. A mí me gustaba que me lo leyera porque las cosas que decía para explicar la situación las encontraba muy claras. Sentía yo un gran cariño por el filoso. Por eso, cuando por primera vez me comisionaron para salir a venderlo, me sentí orgullosa y feliz. Me parecía que el Comité Central me tenía confianza y me había encargado una tarea muy importante". (Muchas veces Benita fue encarcelada por vender El Machete, precisamente).

Sólo en algún momento de su autobiografía (Benita Galeana tenía treinta y tres años cuando su libro fue editado por primera vez en 1940 con ilustraciones de Alfredo Zalce, Pablo O'Higgins, Chávez Morado, Raúl Anguiano y Nella Ballester) Benita expresa un juicio crítico al Partido para en-

contrar, inmediatamente, su justificación:



"... Aunque también sentía que el Partido cometía algunos errores, pero que, a pesar de eso, era lo suficiente listo para

corregirlos y seguir luchando contra la burguesía".

"Lo veía por mí, que había logrado arrancarme del cabaret y despertar mi conciencia revolucionaria; me había hecho comprender cuál era mi papel en la sociedad capitalista: al lado de los trabajadores. Y no porque el Partido se ocupara mucho de la educación de sus miembros. Al contrario, yo critico el descuido que tenía con sus hombres y mujeres que militan en él. No se preocupaba gran cosa por su educación. Yo me pongo como un ejemplo de ello".

"Veía que camaradas muy capaces e inteligentes, eran los que más mal trataban a sus compañeras, con desprecio, sin ocuparse de educarlas, engañándolas con otras mujeres como cualquier pequeño burgués y, en cambio, los primeros en decir: 'Son unas putas', cuando la mujer anda con otro".

"Yo que he querido ser un ejemplo para las camaradas, no lo he logrado porque he tenido muchas desventajas, por ejemplo, la desgracia de no saber leer; es una de mis debilidades más grandes. Pero de esto, yo no culpo al Partido... Bueno, en parte, porque cuando estuvo bien, podía haberme educado políticamente. No lo hizo".

"Es cierto que a veces -refiere Benita Galeana en otra ocasión— cuando la situación se me ponía muy mala, me decía: tengo yo algunos años de luchar en el Partido Comunista. Cincuenta y ocho veces he caído a la cárcel por la lucha. He pasado hambres, privaciones, persecuciones. He estado a punto de quedarme ciega y muchas veces he expuesto la vida por el Partido. Pero hasta ahora, ni siquiera se han ocupado de mí. En estos años de militar en el Partido no he tenido siquiera una frase de aliento, de simpatía, del Jefe de mi Partido. Es más, y aunque parezca mentira, en estos años de lucha ni siquiera un "Buenos días, Benita" he recibido de Laborde".

"Ya sé que no soy nadie en el Partido. Un miembro de fila, atrasado políticamente. Pero nunca sentí que los dirigentes del Partido mostraran ningún interés por encauzarme, por mejorar mi trabajo revolucionario, por hacer de mí, aconsejándome o estimulándome, una luchadora más consciente y capaz. He sentido que me han dejado sola con mi ignorancia."

"En mis años de lucha activa en el Partido logré conquistarme algunas simpatías entre el pueblo, pero yo he vivido toda mi vida en contacto con el pueblo, al grado de que, cuando me presentaba en algún mítin, la gente empezaba a gritar: "¡Que hable la compañera de las trenzas!". La de las trenzas era yo, porque así me peinaba, como las mujeres del pueblo, y la gente me tenía confianza por eso y seguramente también por mi modo de hablar que ellos entendían muy bien. Estas cosas podía haberlas aprovechado el Partido, haciendo de mí, una militante más capaz y mejor orientada... pero nunca se ocuparon de mí. (...) Luego pensaba: si el Partido con todos sus errores ha logrado transformar mi vida, arrancándome del vicio, ¡qué no haría si corrigiera esos errores!"